

LA BATERÍA DE ROGER BLATT (1 de 2)

Autor: Federico Rivolta

Categoría: Terror / miedo

Publicado el: 31/08/2023

El bar estaba lleno. No tan lleno como en sus inicios, cuando el blues vivía sus años de gloria, pero aun así era una buena noche. La banda que tocaría aquella vez era nada menos que Los Calamares, y tenían muchos seguidores. Un hombre joven se aproximó a la barra; era blanco, uno de los pocos que visitaban el lugar.

El cantinero, un anciano que había trabajado en el bar desde sus inicios, lo saludó mientras limpiaba una copa:

–¿Qué se le ofrece, amigo?

–Buenas –dijo el joven blanco– ¿Me daría una carta?, ¿o qué me recomienda tomar?

–Es tu primera vez aquí, ¿verdad? Pues si tu bolsillo lo puede pagar y tu garganta lo puede soportar, tengo whisky F&7 de etiqueta negra; nada mejor para disfrutar de un buen blues.

–Sírvame un vaso entonces –dijo el joven.

El cantinero llenó un vaso con hielo y luego echó el famoso whisky.

El cliente revolvió el vaso para enfriarlo y probó un trago. Segundos después comenzó a abrir los ojos poco a poco hasta que gritó eufórico:

–¡Esto sí que es bueno! Ideal para escuchar a Los Calamares.

–¿Los conoces?

–Por supuesto. Bueno..., no en persona. Mi tío me hizo escuchar un disco cuando era niño y ayer

por casualidad vi un anuncio en la calle que decía que tocarían aquí esta noche. Quedé fascinado desde la primera vez que los oí, sobre todo con el baterista.

–Ah, sí; el joven Sean.

–No, no –dijo el cliente mientras fruncía el ceño–. El baterista se llama Blatt, Roger Blatt.

–¡Amigo!, vaya que estás desinformado. Blatt dejó Los Calamares hace más de diez años.

El joven suspiró con tristeza al enterarse de aquella noticia:

–¡No lo puedo creer! Era el que más me gustaba de la banda. ¿Y ahora qué hago? La verdad, me sacó las ganas de quedarme.

–No digas eso –dijo el cantinero–. Te gustará Sean.

–¿Sí?, ¿se parece en algo a Roger Blatt?

–En absoluto; Sean apenas tiene formación musical; pero no te preocupes, porque usa la vieja batería de Roger Blatt.

El joven comenzó a reír:

–¿Y eso qué tiene que ver? Es como si a mí me dieran el saxo de Ben Sincire. No por eso voy a tocar como él.

–En primer lugar, en este bar no apreciamos a Ben Sincire; en otro momento puedo decirte el motivo. En segundo lugar, la batería de Roger Blatt no es un instrumento como cualquier otro. Te contaré una historia y, si logro convencerte, te quedarás a escuchar a la banda y me dejarás una buena propina.

El cliente volvió a reír:

–De acuerdo –dijo–, es un trato.

El cantinero apoyó el brazo en la barra y comenzó a contar la historia...

«Hace mucho tiempo, cuando yo aún era joven, comencé a trabajar en este bar fascinado por su

lujo y buen ambiente. No se veía como ahora, claro, las cerámicas del piso estaban brillantes y todas las luces funcionaban llenando el sitio de colores. Las sillas eran todas iguales y las mesas estaban barnizadas para que las gotas de bebida resbalasen en lugar de dejar perennes manchas oscuras.

Una noche iba a tocar una de las mejores bandas de blues de aquella época: Los Empedernidos.

Llegaron temprano para beber y fumar un rato. Se sentaron justo allí: en la mesa redonda del centro.

El gordo Buck, baterista de la banda, ordenó una doble porción de costillas de cerdo con salsa barbacoa extra. Pidió además una botella de whisky F&7; para bajar la comida.

Al terminar el plato quedó inmóvil en su silla con los ojos bien abiertos y sudando profusamente. Los otros músicos le preguntaron qué le ocurría, y el gordo Buck se llevó la mano al pecho apretándose en el corazón.

“¡El gordo Buck está teniendo un infarto! ¡El gordo Buck está teniendo un infarto!” Todos en el bar gritaban mientras él seguía sin responder.

De pronto comenzó a toser hasta largar un trozo de carne que se le había atorado en la garganta.

Debió recostarse un poco porque le quedó doliendo el pecho, pero no fue algo de gravedad.

Tras el incidente estaba claro que esa noche no iba a poder tocar con el resto de la banda, por lo que los músicos preguntaron al público si había alguien que quisiera reemplazarlo; y este es el preciso instante en el que aparece Roger Blatt en esta historia.

Aquel muchacho nacido en el Bronx cuyos solos de batería te trajeron a este bar, estaba allí para escuchar a su banda favorita, y la idea de tocar junto a Los Empedernidos sería su sueño hecho realidad.

–Yo puedo reemplazarlo –dijo Roger Blatt.

Los Empedernidos no lo conocían, y le pidieron que tocara un poco para poder oírlo.

–¡Claro que sí! –dijo él–. Voy a mi casa y regreso; vivo a dos cuadras de aquí.

Salió entonces corriendo y unos amigos que estaban con él lo acompañaron. Mientras, Los

Empedernidos se miraron entre sí sorprendidos de la velocidad con la que el muchacho abandonó el bar.

Diez minutos más tarde regresaron con una batería.

—¿Qué hacen? —preguntó uno de Los Empedernidos— ¡En el escenario hay una batería nueva!

Entonces Roger Blatt dijo que él jamás tocaba sin su batería.

Los Empedernidos se miraron entre sí de nuevo, pero permitieron que Roger utilizara su propio instrumento. El joven comenzó a tocar y parecía que lo hacía con ocho brazos a la vez, su velocidad superaba a los tamborileros del circo de los hermanos Sierpinski, y al público le resultó imposible mantenerse inmóvil ante ese ritmo hipnótico. Todos en el bar movían sus pies sentados en sus asientos, intentando seguir la música como si el suelo estuviera cargado de corriente eléctrica. No dejaba tambor sin sonar, no había pausas entre los redobles, parecía una máquina encendida que cada vez funcionaba más aprisa.

Esa noche Roger Blatt tocó tan bien como el gordo Buck; o más perfecto aún, si me permites la expresión.

Poco tiempo después formó su propia banda: Los Calamares, que vendieron tantos discos como Los Empedernidos, siempre tocando con su vieja batería.

Lamentablemente Roger abandonó la música y años después apareció muerto en su hogar por causas que hasta el día de hoy son desconocidas.

Los Calamares le buscaron reemplazo, pero ningún baterista lograba convencerlos. El único que duró un tiempo y que era más o menos bueno fue el hermano del cantante, pero falleció ahogado por su propio vómito.

Un día conocieron a Sean, quien no era merecedor siquiera de llevar los palillos del gran Roger Blatt, pero al menos era abstemio.

La banda estaba pasando por su peor momento cuando la madre de Roger Blatt los llamó para obsequiarles la batería de su hijo fallecido, diciendo que, además de ocuparle mucho espacio en la sala, le ocasionaba una extraña sensación cada vez que la miraba; como si un viento frío le pasara por al lado.

Habían pasado años desde la última vez que Roger Blatt tocó con Los Calamares, pero aún

sentían que vivían bajo su sombra. Pensaron entonces que utilizar su batería sería un modo de traerlo de regreso, y así fue...

...

continúa en la segunda y última parte

...

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Federico Rivolta](#)

Más relatos de la categoría: [Terror / miedo](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)